

El «slogan» publicitario del momento es, sin duda, ese que dice: «Destaque, cruzando su pecho con el cruzado mágico». El político que destaca por el procedimiento de cruzar su pecho es don Blas Piñar. Su discurso en el Palacio de Exposiciones y Congresos del Ministerio de Información y Turismo, con motivo de la aparición del número 300 de la revista «Fuerza Nueva», fue el discurso de un verdadero «cruzado». Estuvo en ese acto organizado por las fuerzas de la extrema derecha. Había muchachos vestidos de «flechas», con su camisa azul y su boina roja prendida al hombro, que dieron escolta a don Blas Piñar marchando tras él en apretado semicírculo, y había también, para que la guardia pretoriana no fuera exclusivamente masculina, jóvenes «margaritas», «luceros», «estrellas» o como quiera que se denominaran las muchachas de la camisa azul en el nomenclator de los años cuarenta. No me extenderé en mi relato de lo que fue el acto o de lo que dijo en su discurso «el ilustre notario de Madrid», que es como se conoce a don Blas en la terminología de la política madrileña. El lector ha podido informarse en la prensa diaria de la violenta diatriba que el señor Piñar lanzó contra la Iglesia representada por la Conferencia Episcopal, contra la política exterior del Gobierno y contra otras muchas cosas; de hecho, contra casi todo, al denunciar («por el humo se sabe dónde está el fuego», dijo don Blas evocando el españolísimo género chico) la conspiración en la que, según él, toman parte desde la democracia cristiana hasta las «hordas marxistas» y desde los «hippies» a don Gregorio López Bravo.

Pero que don Blas Piñar cruce su pecho en defensa de las esencias patrias y para ser «revulsivo de la conciencia nacional dormida», como él mismo dijo, no quiere decir que, políticamente hablando, esté de moda el «mágico cruzado» pectoral. No. La otra tarde pude observar, entre las insignias que ornaban las solapas de algunos de los que recibieron a Blas Piñar brazo en alto, más de una cruz gamada. Pero también observé en el salón de actos del Palacio de Congresos numerosas y significativas ausencias que no se produjeron, por ejemplo, en el homenaje que se tributó en diciembre pasado al hombre fuerte de «Fuerza Nueva», al que asistió un nutrido grupo de procuradores en Cortes y alguna conspicua figura de la política. El otro día, si se exceptúa al señor Martínez Cattaneo, subcomisario del Plan de Desarrollo y miembro fundador de «Fuerza Nueva», que se sentaba en la presidencia, no había «nadie» y los periodistas tenían que contentarse con apuntar en la libreta nombres como, pongamos por caso, el del padre Venancio Marcos, que encabezaba a un venerable grupo de sacerdotes procedentes de los «Sitios» de Zaragoza, y los de otros personajes de relieve parecido. La prensa de estos días, por otra parte, se ha despachado a gusto, como suele decirse, con don Blas Piñar. Reléanse si no los comentarios de Luis Apostua, en «Ya», comparando a los cruzados de «Fuerza Nueva» con aquellos católicos de antes, que rezaban «por la conversión del Papa»; o el artículo de Jaime de Campmany, en «Informaciones», llamando al «ilustre notario de Madrid» con el expresivo sobrenombre de «Blas Noé Corazón de León Piñar y Torquemada».

El estilo de la época, quiero decir, el estilo de estos días (ya que la moda puede volver a cambiar, nunca se sabe), no es el estilo de la cruz y la espada. Pese al señor Piñar, eso no se lleva. Lo que priva ahora es lo que llamaríamos una actitud de «cau-

silla de pista

EL "CRUZADO MÁGICO" Y OTRAS MODAS

telosa apertura» que reconoce la necesidad de admitir «el pluralismo» en la vida nacional. Todos los días leemos declaraciones de personalidades de conocida genealogía, políticamente hablando, que se pronuncia en favor de «abrir cauces», «hacer posible la participación», «admitir una crítica constructiva» y otros excelentes propósitos. A mí me pasa frecuentemente leyendo este género de declaraciones lo que dicen que les pasa a los vecinos de una barriada de Badajoz, según una noticia que publicaban el otro día los periódicos. Creen en duendes porque se levantan por la mañana y se encuentran, por ejemplo, abierta la puerta que habían dejado cerrada la noche anterior, o encendida la luz que habían apagado, o se encuentran los recipientes de la cocina con el contenido cambiado: la sal en el bote de la harina, el azúcar en el del café, etcétera. No pueden confiar en las etiquetas de los botes ni en su propia experiencia. Se ven

perdidos. Políticamente hablando, todo el país se parece a este barrio de Badajoz. Con la excepción del bote que contiene la ideología de don Blas Piñar, los contenidos de los demás botes aparecen trastocados a nuestros confundidos ojos. Nadie quiere quedarse atrás, nadie quiere estar «demodé». Todo el mundo quiere ser bueno y hacer olvidar que alguna vez fue «malo». Muchos de los declarantes actuales hacen recordar, en su empeño de pasar a la posteridad limpios de culpa, el caso de un famoso obispo de Ciudad Rodrigo, el cual, habiéndose muerto en pecado mortal, obtuvo del glorioso San Francisco de Asís, de quien había sido muy devoto, ser devuelto a la vida por diez o doce días a fin de tener tiempo para arrepentirse de sus pecados. En la catedral de la ciudad puede verse su sepulcro sobre el cual hay una pintura de autor desconocido que representa al obispo levantándose de su tumba decidido a reivindicarse ante sus semejantes y asegurarse la salvación eterna. Unas antiquísimas tablas que se han conservado hasta nuestros días narran el singular caso de este obispo para enseñanza de las generaciones.

Ponerse al día para este género de renovación de la «imagen» no cuesta demasiado trabajo. Hay una filosofía política convencional compuesta por cuatro conceptos de derecho constitucional convenientemente suavizados por la constancia de las «peculiaridades nacionales», más cuatro frases hechas del moderno «vademezum» político iluminadas por algún giro o metáfora de cosecha propia, y unos párrafos de tono estimulante acerca de la grave responsabilidad que incumbe a los hombres del siglo XX para enfrentarse con el «desafío» de nuestro tiempo, todo ello, muy en el estilo de la literatura de las Olimpiadas. Y ya está. Por añadidura, contrariamente a lo que pasó con el obispo de Ciudad Rodrigo, que, según es tradición, se arrepintió en el fondo de su alma de sus pecados (dicen que, al levantarse en su sepulcro, dijo: «No huýáis de mí, porque como verdaderamente estuve muerto, así ahora estoy vivo y sabréis que luego que mi alma salió del cuerpo fue llevada a juicio y condenada para siempre, porque en la confesión que hice no tuve entera contrición del pecado público en que estaba envuelto, ni tuve intento de apartarme de él»), en cambio, el moderno político no necesita abominar de su pasada conducta. Le basta y le sobra con afirmar que, en realidad de verdad, la doctrina en que se inspiraba no quería decir lo que comúnmente se interpretaba, sino que quería decir... (y aquí se suelta el párrafo olímpico); con lo que el muerto se redime y limpia de culpa y va directamente al cielo.

Y, sin embargo, nuestra actual situación es tal que damos la bienvenida y nos alegramos con el contenido de esas declaraciones. ¡Albricias; don Fulano ha dicho que existe el pluralismo! ¡Magnífico, este señor se muestra aperturista! ¡Este otro es partidario de la crítica constructiva! ¡Qué bien! Claro, lo que pasa es que, al leer esas declaraciones, se comparan, sin querer, con las que se producen cuando se destapa algún bote de los que quedan intactos, como en el caso del acto presidido por don Blas Piñar el otro día. Y, entonces, es natural, uno agradece lo que tiene y aprecia los esfuerzos de tantos señores bienintencionados que proponen el aperturismo y la existencia del pluralismo y, por si esto fuera poco, la posibilidad de una crítica constructiva. Y uno piensa: ¿A ver si resulta que estamos en «el mejor de los mundos posibles» y nosotros, como suele decirse, sin enterarnos?

■ LUIS CARANDELL

